

En este número

I

La lucha de masas en América Latina ha sido una constante a lo largo de los últimos diez años. Las específicas contradicciones económicas, sociales y políticas, catalizadas dentro del más amplio contexto de la crisis estructural que agita al sistema capitalista a escala mundial, han aflorado con particular agudeza en algunos de nuestros países, conduciendo incluso a la configuración de claras situaciones prerrevolucionarias. El centro de la acción y de las posibilidades se ha trasladado de país en país o de región en región. Esta parece ser una de las tendencias objetivas de nuestra época. Aunque, por supuesto, se manifiesta de una manera concreta, diferenciada, dentro de cada realidad histórico-social.

Las clases dominantes han respondido con las armas de la contrarrevolución. Su principal instrumento: la fuerza militar. Han logrado infligir así graves derrotas a las clases dominadas y a sus vanguardias. Producidas en el marco crítico interno de agotamiento del precedente modelo de reproducción del capital; y en el más amplio del proceso en marcha de reacomodo de la división internacional del trabajo, esas derrotas, en Argentina y Chile, por ejemplo, también permitieron el traslado de la hegemonía, dentro de cada bloque social dominante, a nuevas fracciones burguesas. Esta parece ser otra de las tendencias objetivas: una lucha por la hegemonía en el seno de las clases dominantes.

A seis meses de la victoria de las masas nicaragüenses y de su vanguardia sandinista, es incuestionable que el centro de gravedad de la revolución. Se localiza actualmente en América Central. La revolución nicaragüense aportó con su ejemplo un fuerte impulso a la lucha de las masas centroamericanas contra las dictaduras y la reacción. Logró alterar la correlación de fuerzas favorable al imperialismo yanqui, y abrió, en consecuencia, mejores perspectivas para el avance. Dentro de este nuevo contexto se ubican, entre otros hechos, las huelgas de los trabajadores de Costa Rica; los esfuerzos unitarios de la izquierda guatemalteca; las

movilizaciones en Panamá contra la presencia del ex cha, y, sobre todo, la profundización de la lucha de clases en El Salvador. En el momento de cerrar esta entrega, el pueblo salvadoreño y sus vanguardias, que parecen desarrollar un definido y acelerado movimiento unitario, se preparan para librar combates decisivos contra la Junta Cívico–Militar, forma de recambio de las clases dominantes salvadoreñas y del imperialismo surgida del golpe de Estado que desplazó a la dictadura del general Romero, pero que hasta ahora se ha mostrado impotente para detener el avance de la lucha de clases.

Por todo lo dicho, es evidente la necesidad de reflexionar sobre los triunfos y las derrotas, sobre las posibilidades y dificultades que enfrentan los procesos en marcha; desenredar la abigarrada madeja de contradicciones que es hoy América Latina, única manera de encontrar los caminos de la acción y la explicación de los fracasos. A este empeño, de la máxima importancia para las fuerzas revolucionarias de todo el continente, contribuirán, así lo esperamos, los cuatro trabajos que sobre otros tantos países latinoamericanos publicamos en este número de *Cuadernos Políticos*.

En su artículo "Colombia quieta", Carlos Jiménez nos ofrece una visión panorámica de las principales contradicciones que, de manera ineluctable, vienen determinando una próxima coyuntura crítica para el actual sistema político colombiano. Este, bajo hegemonía oligárquica durante casi un siglo, se ha caracterizado por su permanente rechazo a la participación y organización sindical y política de las masas. Pero esta exclusión, relativa por supuesto, se ha traducido en un empobrecimiento de la vida política, y en una presencia cada vez más necesaria del ejército en tareas de represión de las luchas populares. Se viene verificando así una acentuada tendencia a la militarización de la sociedad, que bien podría desembocar en una reedición de la experiencia uruguaya. Lo que parece indudable, cualquiera sea el desarrollo concreto de la crisis, es que la dominación oligárquica se acerca a un momento de prueba quizá definitivo.

Desde una perspectiva original, Juan Carlos Marín analiza el periodo de lucha de clases que se desenvuelve en Argentina de mayo de 1973 a marzo de 1976. Se trata de un trabajo importante. Sobre la base de un examen e interpretación rigurosos de los hechos armados de las fuerzas burguesas y del pueblo, busca poner en evidencia la estrategia de las primeras y desentramar la

coherencia de las acciones populares. Para Marín es claro que la estrategia del enemigo –cuyo fin era lograr el desarme político y militar del movimiento de masas– no fue totalmente percibida. Esto lo atribuye, desde las primeras líneas de su artículo, a una deficiencia en la teoría de la lucha de clases. Desde 1871 –sostiene–, la guerra dejó de ser ajena a los intereses del proletariado. Los hechos posteriores (China, Cuba, Vietnam, Nicaragua) han confirmado la posibilidad de construir una fuerza armada a partir de la iniciativa y los intereses de las clases dominadas. El "pueblo en armas", de esta manera, se ha transformado en un elemento central en la perspectiva estratégica de estas clases. Sin embargo, la teoría de la lucha de clases sólo incorporó fragmentariamente esa dimensión: la teoría de las leyes de la guerra. La necesidad de superar tal deficiencia se desprende con claridad meridiana del análisis que Marín aborda en su trabajo.

Resulta muy útil, a seis años de la derrota de las masas chilenas, reflexionar sobre los cambios ocurridos en el nivel de la estructura económica y precisar los desplazamientos en el interior del bloque dominante. Mucho se habló, en los primeros años posteriores al golpe, del fracaso económico de la Junta Militar y de su inminente derrumbe. Sin prestar atención, aduce Eugenio Rivera en "Tres fases de la política económica en Chile", que sólo se daban los primeros pasos para traducir, en una nueva estructura económica, los cambios ocurridos en la correlación de fuerzas global, tanto por lo que concierne a la burguesía en su conjunto frente a las clases dominadas, como también dentro del mismo bloque dominante. El análisis se centra en el comportamiento de las diferentes fracciones burguesas a lo largo de tres fases diferenciadas que conducen al establecimiento de un nuevo modelo económico.

Tomas Amadeo Vascona es el autor del cuarto artículo. Se trata de un análisis de la coyuntura venezolana a lo largo de 1979, es decir, bajo el nuevo gobierno de Herrera Campins. Aunque éste llegó a la presidencia mediante una campana de fuertes tonos populistas, en realidad ha venido ejecutando una política económica claramente favorable a los intereses del gran capital monopólico asociado. Necesariamente, ello ha tenido el efecto de desatar la lucha interburguesa y contribuir, en general, al agravamiento de las tensiones sociales.

II

Abrimos este número de Cuadernos Políticos con un ensayo del marxista sueco Göran Therborn: "La política del capital" Es conocido el hecho de que Marx y Engels no dejaron una

teoría política plenamente elaborada. Y también las largas polémicas y las diversas interpretaciones que en torno a sus hipótesis y desarrollos parciales se han producido. Therborn va más lejos aun: en su opinión, a pesar de que la economía y el Estado capitalistas han sido objetos de la investigación marxista, esta corriente de pensamiento, hasta la fecha, no ha producido *ninguna* teoría política. Los esfuerzos, sostiene, se han dirigido a investigar uno u otro de los dos principales polos del conflicto que dinamizan la política bajo el capitalismo. Así, o se investiga a la clase obrera y al movimiento obrero, o se investiga la organización del poder capitalista. En todo caso, lo que falta es una teoría que centre la atención en la zona misma del conflicto, en la interrelación crítica de aquellos dos polos principales, es decir, hace falta desarrollar la teoría de la lucha de clases bajo el capitalismo. Con el propósito de avanzar en el cumplimiento de esta necesidad, Therborn elabora un modelo cuyas variables claves son: *terrenos* (empresas, mercados y Estados); actores (capitalistas y obreros); la relación de poder entre estos últimos, y las estrategias mediante las cuales se enfrentan.

III

Existe una versión, bastante generalizada, según la cual la crisis crea, por si misma, mejores condiciones para la lucha de la clase obrera. Elmar Altvater, en "Política económica y crisis", parte de una consideración diferente. En su opinión, la crisis ha puesto en peligro tanto las conquistas institucionalizadas como las no institucionalizadas del movimiento obrero, porque la lógica interna de la crisis parece apuntar más bien en el sentido de la regeneración de la supremacía burguesa. Y esto es así porque la política económica de la crisis, la llamada política de austeridad, adoptada en todos los países capitalistas, implica un rechazo del keynesianismo y en consecuencia del compromiso de clases que expresaba, y también un rechazo de la política fiscal, esto es, del Estado intervencionista. Todo ello cobra cuerpo en un renacimiento de la economía neoclásica y de la política monetarista. Es decir, en una restructuración de las relaciones entre la economía y la política, en el sentido de un claro predominio de la primera, lo que, en otras palabras, significa primacía de la utilización del capital frente a otros intereses, en particular los de la clase obrera. Aquí se funda, según el autor, la necesidad de un programa alternativo que busque reconquistar la iniciativa para el movimiento obrero frente a la política económica de austeridad. Un programa de esta naturaleza, sin embargo, aclara Altvater, sólo tiene viabilidad en la perspectiva de provocar cambios institucionales en el sistema político. No es necesario decir más para resaltar la importancia y actualidad de este trabajo.

IV

El magonismo constituye en México la corriente proletaria más importante de finales del siglo pasado y principios de este. Impulso, con tenacidad y pujanza ejemplares, el programa de la independencia de clase del proletariado. Propuso además, y organizó, la violencia de los desposeídos no sólo con miras a derribar la dictadura porfirista, sino fundamentalmente en contra de la explotación del capital. Las actividades de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, en los planos de la propaganda, de la acción clandestina, de la organización de las masas y de las acciones armadas, forman parte de las tradiciones de lucha de la clase obrera de nuestro país. Significan experiencias y enseñanzas valiosas que, desgraciadamente, no han sido plenamente recuperadas. Por el contrario, la ideología y la historia oficiales, bajo la etiqueta de "precursores de la revolución" de 1910, se han apropiado las figuras de Ricardo Flores Magón y de los otros luchadores, mellándole el filo revolucionario y crítico a sus acciones. El ensayo de Edingardo Aguilar y Salvador Hernández, "La revolución de la frontera", acudiendo a fuentes de primera mano, se propone precisamente rescatar la trayectoria del PLM y restaurar el significado de su lucha. Es, por ello, una aportación al conocimiento más profundo de la historia de la lucha de clases en México.